Á PÍCARO, PÍCARO Y MEDIO.

Juguete cómico en un acto, en prosa, arreglado del francés por Don Manuel María de la Cueva, *para representarse en Madrid el año de* 1867.

PERSONAJES.

Margarita.
Manuel.
Enrique.
Macabeo.

La escena en Madrid.

El teatro representa una guardilla. En el foro, puerta que dá á un corredor; á la izquierda una ventana; á la derecha puerta, una pantalla de chimenea en un rincon y un caballete de pintor. Una mesa de madera á la izquierda, delante de la ventana. Tres sillas blancas. A la izquierda, en el foro un armario.

ESCENA PRIMERA.

Manuel, Enrique.

Man. (*sentado junto á la mesa, y vuelto hácia la ventana que estará abierta.*) Tú dirás lo que quieras; pero no me negarás que hoy es domingo.

Enr. (*sentado delante del caballete, arreglando los colores de su paleta.*) No lo niego; pero qué tenemos con eso?

Man. Tenemos, que como no veo nube alguna en el cielo, afirmo y sostengo que hará buen dia.

Enr. Y qué?

Man. Y qué? Que no sé si moriré muy viejo, pero si sé que he nacido muy jóven; y que me gusta ver el cielo.

Enr. Pero á dónde vas á parar?

Man. A decirte, que quiero irme á ver el campo, es decir, á la Fuente Castellana, ó á la quinta del Espíritu Santo.

Enr. Y por qué á la Fuente Castellana precisamente?

Man. O á la quinta del Espíritu Santo.

Enr. Pero bien sabes que no tenemos un cuarto.

Man. Si no digo que tengamos dinero; sino que deseo ver el campo.

Enr. Sí; quisieras tener comodidades, satisfacer todos tus caprichos, hacer el gran señor, andar en coche, ser amado de una princesa...

Man. (*levantándose.*) Nada de eso. Quisiera que tomases el sombrero, y fueras al Monte de Piedad á empeñar tu reló por cien reales, con los cuales comeríamos muy bien.

Enr. No puedo empeñarle; porque es la sola herencia que me dejó mi abuela. (*se levanta con la paleta en la mano.*) Es una magnífica repeticion.

Man. Pero para qué sirve?

Enr. La repeticion?

Man. Sí.

Enr. Pardiez! Sirve para saber la hora hasta en la oscuridad.

Man. Pues bien, empéñala, y compraremos un eslabon.

Enr. Eres muy gracioso; pero guardo mi reló.

Man. Buen papel hace en tu bolsillo.

Enr. Al menos está siempre en él, mientras que el dinero nunca permanece.

Man. Vaya una ventaja! Pónte una cebolla, y tampoco te se irá. Un reló puede ser útil á un comerciante porque tiene negocios; á un amante porque tiene citas, á un médico, porque tiene enfermos. Pero para estar, como nosotros, encerrados en una guardilla, yo durmiendo sobre el código, y tu apestándome con tus colores, para qué necesitamos saber la hora? Eso es lo mismo que tener un termómetro colgado en la chimenea, sin leña con que encenderla.

Enr. Búrlate todo cuanto quieras. No sabes mas que disputar, y voy á tomar mi partido.

Man. Qué quieres decir con eso?

Enr. Quiero decir, que tu único pasatiempo es el atormentarme, é impacientarme. Sabes tan bien como yo, cuán pobres somos; que cuando alquilamos juntos esta guardilla, una miseria se agregaba á otra, pero tus padres se negaron tantas veces como los mios, á mandarte cien duros.

Man. Sí, con dos pedazos de lienzo roto hicimos un talego para guardarlos; pero aun no ha llegado el momento, y el talego continúa vacío lo mismo que nuestros bolsillos.

Enr. Pues si convienes en ello, cómo puedes chancearte?

Man. Toma! Con entristecerme no adelanto nada, y prefiero estar alegre; pero vamos, llevarás el reloj al Monte de Piedad?

721106

ENR. No, no, y no! Qué capricho tienes hoy? (*deja la paleta.*)
MAN. Porque es domingo.
ENR. Acaso es un dia diferente de los otros?
MAN. Sí, muy diferente. Es domingo, hace buen tiempo quiero divertirme, quiero ver algo, deseo vivir; cómo diablo te he de esplicar... hombre, yo no soy libro.
ENR. Si fueras capaz de poner término una vez á tus chanzas, te diria una cosa séria; pero nunca quieres escucharme.
MAN. Habla.
ENR. Prestarás atencion á lo que diga?
MAN. Ya ves que te escucho.
ENR. No del todo.
MAN. Veamos, que juramento quieres que haga; qué actitud he de tomar, en cuál de estas tres sillas es necesario que me siente para probarte mi atencion? (*sentándose en una silla cerca de la mesa.*) Estoy bien así?... Es indispensable que hables, ya que tienes una idea.
ENR. Pues bien, podemos salir de cuidados muy fácilmente, de una manera formal y honrosa. (*toma la pantalla de la chimenea y la trae en medio de la escena.*) Aquí tienes una pantalla que yo mismo he pintado, y que nunca has mirado.
MAN. Te equivocas! La he mirado; pero no conozco lo que tiene pintado.
ENR. Es Romeo y Julieta.
MAN. Eso?
ENR. Sí... No vayas á disputar tambien sobre esto! Ya sabes que trabajo en ella hace seis semanas. Hoy he acabado mi obra, y me decido á deshacerme de ella.
MAN. Dificulto que encuentres comprador que se preste á semejante sacrificio.
ENR. Conozco un papelista, hombre de gusto...
MAN. Ah! si, el papelista que conoces lo entiende, ya puedes dársela de valde.
ENR. Él la apreciará en su justo valor.
MAN. Pues eso digo.
ENR. Con que nada vale?
MAN. Es un asunto tan manoseado! Si hubieras pintado, por ejemplo, al tio Macaco y compinches, ó á un inválido pescando un zapato viejo, ó siquiera un muchacho contemplando la sarten en el fuego, podrias lanzarte al comercio... pero con eso!
ENR. Confieso que el asunto es algo sério para una pantalla.
MAN. Sin embargo, tú lo has alegrado, y rejuvenecido con algunos detalles felices; verbi-gracia, Julieta tiene una pierna de menos, y un ojo de mas.
ENR. Cómo un ojo de mas? Esta es la nariz. Yo no sé porque te consulto. Voy á vender esta pantalla, y ya verás cómo viviremos de mis pinceles. (*carga á la espalda con la pantalla.*)
MAN. Vivir de tus pinceles! Ni aun por ellos te darán nada, si quisieras venderlos. (*en el momento en que Enrique vá á salir, se oye la voz de Margarita que canta en el pasillo durante el diálogo que sigue.*)
ENR. Calla, es Margarita, que sale de su cuarto.
MAN. Y qué te importa?
ENR. Me importa; porque no quiero que me vea con una pantalla á cuestas.
MAN. Ola! Empiezas á ser coqueton?
MAC. (*en la escalera.*) Vestidos, galones! Quién vende ropa vieja?
ENR. Ola, el judio Macabeo, sube á su desvan.
MAN. El miserable nos ha hecho quebrar!
MAC. (*dentro.*) Buenos dias, vecinita; le traigo á usted un ramo de violetas.
MAN. Si le pidiéramos prestado con un interés exhorbitante?
ENR. No digas pamplinas.
MAR. (*dentro.*) Vamos, basta ya; el demonio del viejo!
MAN. Qué tal, el infame seductor! (*se oye el ruido de un bofeton.*)
MAC. (*dentro.*) Ah! por un bofeton un abrazo. (*segundo bofeton.*)
MAR. Quieto, ó me enfado.
MAN. Enfadarse despues de dos bofetones? Volemos en socorro de la inocencia en peligro. (*abre la puerta del foro.*) Qué es eso, señor Macabeo?

ESCENA II.

MANUEL, ENRIQUE, MARGARITA *y* MACABEO.

MAC. (*apareciendo al foro en el corredor.*) Vestidos, galones! Tienen ustedes ropa vieja?
MAN. Siga usted su camino, descarado. Nuestros deshechos son para nuestros criados. (*Macabeo desaparece por el corredor.*)
MAR. Gracias, D. Manuel. Ah! ah! ah! (*viendo á Enrique que procura ocultarse.*) Está usted bonito!
ENR. Así, así! (Pues señor, no puedo escapar.)
MAR. Por qué se pasea usted con esa pantalla?
ENR. No me paseo, salgo.
MAR. Pero si no hace viento! Puede usted salir sin tantas precauciones.
ENR. Convendrás en que lo que me sucede, es muy desagradable. (*Enrique vase por el foro. La pantalla se le enreda en la puerta, y Margarita y Manuel rien á carcajadas.*)

ESCENA III.

MARGARITA, MANUEL.

MAR. Vá á regalársela á su amada?
MAN. Mucho mejor; vá á venderla para distribuir su valor á los pobres.
MAR. Ah! tienen ustedes pobres?
MAN. Sí, cada uno tiene el suyo.
MAR. Seria el de usted el que acaba de salir?
MAN. Creo que sí... Y apropósito, quiere usted venir en el coche con nosotros? Vamos á la Fuente Castellana.
MAR. Me convida usted?
MAN. Si señor; la convido.
MAR. Y con qué, Dios mio?
MAN. Con toda la cortesía de que soy capaz.
MAR. Ay! allí no fian.
MAN. Y qué? No cuenta usted con nuestra pantalla? Esa soberbia pantalla que Enrique ha pintado? Esa obra del arte, que vamos á convertir en oro?
MAR. Cree usted?...
MAN. Vaya si lo creo. Figúrese usted que representa á Romeo y Julieta.
MAR. Romeo y Julieta! Usted conocerá esa historia?
MAN. Si señora; la conozco; pero, ay! vecina! si yo fuese Romeo, no quisiera una Julieta, sino una Margarita.
MAR. Calla! Vá usted tal vez á hablarme de amor?
MAN. Ese es mi intento.
MAR. Y para qué?
MAN. Toma, óigame usted, aunque solo sea por matar el tiempo, y lo verá.

MAR. Bah! será tan poco, que no podremos fastidiarnos.

MAN. Qué importa! Hay cosa mas divina que una conversacion de amor! Para qué cree usted, Margarita, que ha hecho Dios el sol, los bosques y el domingo, sino para que los amantes salgan al campo, y con los ojos bajos se digan que se aman? Oh! que hermoso es el amor!

MAR. Si, el domingo; pero el resto de la semana no hay que pensar en él. Por ventura, olvida usted que trabajo desde por la mañana hasta la noche? Esas hermosas jóvenes y esos elegantes caballeros que tienen continuamente en los lábios la palabra amor, pasan su vida en una ociosidad completa, y son la gente mas hábil del mundo para no hacer nada. Solo para ellos se inventó el amor, porque sin él, qué harian. Necesitan soñar para no dormir; y mientras mas variados son sus sueños, mas variados los desean! Sin ellos se aburririan de contínuo un dia y otro en el juego. Yo, por el contrario, acudo á mi trabajo, corto vestidos, compongo encajes y ya comprenderá usted que, si tuviera en otra parte la cabeza, bordaría al través ó me pincharia los dedos. De modo, vecino, que no tengo tiempo. Necesito pensar en mi casa, necesito soñar con todos y con ninguno; en fin, nunca amaré hasta que ame por toda mi vida.

MAN. Pues me sostengo en lo dicho, vecina. Viva el amor. Hasta el nombre es adorable!

MAR. Silencio! No le oye usted? (*escuchando.*)

MAN. A quién

MAR. A Romeo. (*se oye ruido como de una caida.*)

MAN. Cataplá!

MAR. Qué es eso?

MAN. Nada! Al subir á nuestro sesto piso, le habrá faltado el pié y habrá rodado... Conque decididamente, no quiere usted ser Julieta?

MAR. Muy decididamente. (*Manuel abre la puerta del foro. Enrique entra con la pantalla rota y agujereada y el pantalon rasgado por la rodilla.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, MANUEL, MARGARITA.

MAR. Está usted herido, Enrique?

ENR. No, señorita. El mal no es grande, pero el daño es irreparable. (*enseña la pantalla rota.*)

MAN. Y tu papelista?

ENR. Es un miserable!

MAN. Y tu pantalon!

ENR. Es un accidente.

MAR. Ponga usted ahí el pié. (*poniendo una silla.*) El pantalon es, cosa de mi oficio, y voy ahora mismo á zurcirlo; justamente traigo seda negra y agujas. (*Enrique coloca la pantalla contra la pared y pone el pié sobre la silla que le presenta Margarita, esta saca un alfiletero y seda negra.*)

ENR. Es usted muy buena; pero como zurcir esa desgraciada pintura?

MAN. Dése usted prisa á componerle el pantalon, Margarita; porque Enrique tiene que hacer.

ENR. Otra comision?

MAN. He convidado á Margarita á comer con nosotros, conque consulta contigo mismo, me entiendes?

ENR. De ningun modo.

MAN. (*haciéndole señas.*) La repeticion... La repeticion...

ENR. Vete á paseo. Cuerno, que me pincha usted. (*retira la rodilla.*)

MAR. Por qué se menea usted?

ENR. Por qué? Porque ese quiere que empeñe el reló.

MAN. Enrique se alarma fácilmente; no le haga usted caso.

MAR. Sin embargo...

MAN. Todo lo vé de mal agüero. Nunca han estado nuestros negocios tan florecientes.

ENR. Nunca, es cierto.

MAR. Vamos, amigos mios; basta de tontunas. Permítanme ustedes les diga una cosa sin enfadarse. Yo no soy muy rica, pero ustedes son unos holgazanes! Yo soy económica, y gano cinco reales diarios. Si necesitan ustedes cien reales...

MAN. Gracias, buena Margarita; nunca tomamos prestado de nuestros amigos.

ENR. Y asi no tenemos enemigos.

MAR. Pues y Macabeo?

ENR. (*con ira.*) Oh! no me hable usted jamás de ese hombre; es un ladron!

MAN. (*id.*) Lo cierto es que nos ha robado de una manera muy vituperable.

MAR. Cómo es eso?

ENR. Figúrese usted que teníamos un chaleco usado, en cuyo bolsillo habia un duro ahorrado por mí.

MAR. Me deja usted atónita!

ENR. Pues asi fué. Un dia que salí, Manuel vendió el chaleco á Macabeo por dos pesetas. El duro estaba en el bolsillo derecho, estoy seguro de ello, Macabeo se lo llevó todo, y cuando le reclamé, lo ha negado, y se lo ha guardado.

MAR. Es inconcebible semejante accion!

ENR. Preguntéselo usted á Manuel.

MAN. Confieso mi ligereza y la del judío.

MAR. Pues bien, me ocurre una idea muy buena. Fíense ustedes de mí, é iremos á comer.

ENR. Será verdad?

MAR. Respondo de ello. Tiene usted, por casualidad, alguna ropa vieja?

ENR. La casualidad seria que la tuviésemos nueva.

MAR. Tienen ustedes alguna vieja?

MAN. Si que tenemos. El famoso frac verde!... no le conoce usted?

MAR. No!

MAN. El frac verde, (alias) el conquistador... Voy á enseñárselo á usted!... Conquistador vá á presentarse!... Conquistador vá á salir de su tabernáculo!... (*vá al foro, y dá con solemnidad tres golpes en el armario.*)

ENR. Temes que haya salido?

MAN. Oh! él no sale solo. (*abre el armario y saca un frac verde.*) Aquí está; vea usted qué alhaja! (*estiende el frac en el espaldar de una silla.*)

MAR. Y qué hacen ustedes con ese frac?

ENR. Nos le ponemos, señorita; nos le ponemos, cuando necesitamos darnos cierta importante elegancia.

MAR. Un frac para los dos? Pero no estará bien á ambos.

MAN. Es cierto; para Enrique es un poco ancho

ENR. Y para Manuel estrecho. A mí me está á la francesa; y á él á la inglesa.

MAN. Usted misma vá á juzgar. (*se pone el frac.*) No parezco un elegante en negligé?

MAR. Lo que parece usted es un paraguas dentro de una funda corta. (*Manuel se quita el frac.*)

ENR. Eso mismo le digo siempre, y nunca quiere

creerlo. (*Enrique se pone el frac.*) A ver Margarita... No tengo así el aire de un hombre acaudalado? De un banquero?

MAR. El aire de un huérfano vestido con la ropa del difunto. Deben ustedes deshacerse de ese frac ambiguo, que no puede estarles bien.

MAN. Nunca! Nos oponemos á eso.

ENR. Y luego no ofrecen por él sino seis pesetas. (*quitándose el frac y yendo á colocarlo en una silla.*)

MAN. Y nesitamos veinte, para ir á la quinta del Espíritu Santo.

MAR. Yo tengo quien lo compre por lo que quiera, si ustedes me dejan hacer. El que roba á un ladron, tiene cien años de perdon.

ENR. Cuál es el proyecto de usted ?

MAR. Si lo dijera, sabrian ustedes tanto como yo.

MAC. Vestidos, y galones! (*en el corredor.*)

MAN. Ola! Macabeo luciendo sus pulmones hasta en la escalera!... Que amor á su arte!...

MAR. Esta es la ocasion... Déjenme ustedes sola con el chalan y el frac. (*Enrique se lo dá.*) Ocúltense ustedes en la alcoba, y guarden silencio.

MAN. Advierto á V. que Enrique estornudará; tiene la nariz mas intempestiva...

MNR. Bien; pero solo le pido cinco minutos de continencia, reló en mano. Déme el suyo, Enrique.

ENR. Para que?

MAR. Porque le pido cinco minutos, reló en mano.

ENR. (*saeando el reló.*) Cuidado que es de repeticion.

MAR. Teme usted me quede con ella?

ENR. No; pero...

MAR. Vamos, hagan ustedes lo que digo.

ENR. Cuide usted de no sacudirla. Es muy caprichosa. (*dandole el reló.*)

MAR. Ya lo creo; á su edad! Ahora escóndase V. y no estornude.

MAN. Yo le tapare la nariz. (*pasando junto á Enrique.*)

ENR. (*haciendo esfuerzos para reprimir estornudar.*) Qué tontería hablar ahora de esas cosas!... Atchi!... (*estornudando.*) (*Manuel y Enrique entran en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA V.

MARGARITA, *en seguida* MACABEO.

(*Margarita pone el reló en el bolsillo del vestido, y lo coloca en una silla á la izquierda; y luego abre la puerta del foro.*)

MAR. He, Macabeo!

MAC. Qué quiere usted? (*en la escalera.*)

MAR. Suba usted; quiero hablarle.

MAC. Tiene usted aun bofetadas que repartir?

MAR. Puede ser; eso depende de usted. (*Macabeo se presenta en la puerta, cargado de todas clases de ropa vieja.*) Adelante.

MAC. En el cuarto de esos picarones?

MAR. Han salido, y se lo estoy arreglando. Entre usted y hablaremos. (*Macabeo ntra.*) Cierre usted la puerta.

MAC. Caprichosa! Ya sabia yo que no siempre me enviaria usted á paseo.

MAR. Qué se figura usted, Gedeon?... Le llamo porque quiero tratar con usted.

MAC. Asi me lo figuraba.

MAR. Sí, pero no como usted piensa, Mardoqueo. Solo se trata de la venta de un frac.

MAC. Ay! Yo le compraria á usted todo cuanto lleva encima.

MAR. De veras? (*yendo junto al frac.*) Pues mire usted bien este frac.

MAC. Me gustaria mucho mas mirarla á usted, señorita.

MAR. Lo creo; pero no se trata de eso.

MAC. Y cuando trataremos? Ah! Margarita ,usted rehusa su felicidad. Ya sabe usted que la pretendo con buen fin.

MAR. Buen fin á vuestra edad?

MAC. Sí, á fé mia.

MAR. (*le hace pasar á la izquierda.*) Vamos, mire usted este frac.

MAC. Ya le conozco. Ofrecí por él seis pesetas, hace quince dias.

MAR. En la actualidad vale veinte.

MAC. Porque ha envejecido? Ya vé usted cómo la vejez tiene su valor. Vaya, si se casa usted conmigo, no se arrepentirá. Soy muy viejo, y moriré muy pronto; porque mi juventud ha sido muy borrascosa, y le dejaré á usted toda mi hacienda.

MAR. Hablaremos de eso dentro de quince dias. Quiere usted darme veinte pesetas por ese frac?

MAC. Tengo tres mil doscientos reales de renta, y un catarro, un verdadero catarro.

MAR. Qué malo es usted! Quiere usted colocar el corazon como renta vitalicia. Ya conozco esas triquiñuelas. Pero, mi querido Macabeo, si estais fresco como una rosa!

MAC. Su querido Macabeo! Fresco como una rosa! Atrápame, picarilla!

MAR. Sois tan niño.

MAC. Mejor; así harás de mí lo que quieras. Todo cuanto desees, lo tendrás. Te gustan los pañuelos de seda? Los pendientes de similor? Las cadenas? Yo tengo montones de percalinas y otras muchas cosas... Ay Margarita!

MAR. Cómo brillan vuestros ojos! Y aun dicen que es usted feo?

MAC. Esas son malas lenguas; no crea usted nada; si usted me ama, yo haré mi toilete; me pondré un sobretodo que tengo, con alamares de seda y piel de astracan el cuello; ya verás que aspecto tengo tan distinguido.

MAR. (*pasando á la izquierda.*) Estaria usted mucho mejor con este frac. Apenas está usado!

MAC. Con mi sobretodo nos tomarán por personas encopetadas. Te regalaré un vestido de tafetan color de telaraña revoltosa, que apenas está sudado.

MAR. Muy tentador es eso; pero...

MAC. Quieres que vaya á buscarte una cruz de filigrana con bellotas iguales, y cinta de terciopelo para el cuello. Es muy elegante.

MAR. Mas tarde veremos. Por ahora, quiere usted darme gusto?

MAC. Que si quiero? Margarita de mi corazon! Vírgen de Sion! Rosa de Saarons!... Tu garganta parece la torre de David.

MAR. Se entusiasma usted mucho, Macabeo!

MAC. Sí, yo me exalto! Desciende del monte Líbano, esposa mia, desciende á mí!...

MAR Escuche usted.

MAC. Sí, ya te escucho... tu pecho se asemeja á un racimo de uvas.—Ay! quien pudiera vendimiarle!

MAR. Oh! es usted insoportable!

MAC. Ya callo.

MAR. Se trata...

MAC. Ay! perla!...

MAR. Para agradarme se trata de...

MAC. Cambiar de religion? Jamás; todo, menos eso.

MAR. Solo se trata de mirar este frac, como buen ropavejero.
MAC. Ah! Y eso es todo!
MAR. Por ahora... Vamos, examine usted ese frac. (*le dá el frac.*)
MAC. Vamos, ya lo veo. (*examinándole.*) Tiene un zurcido muy disimulado en el faldon izquierdo; los ojales estan deshechos, las mangas raidas. Vale tres pesetas como un ochavo.
MAR. Usted no sabe lo que se dice. Sin duda, mi presencia le turba la vista; voy á alejarme para que se le aclare. (*se coloca en la ventana de la izquierda tarareando.*)
MAC. (*en el proscenio con el frac en la mano.*) Mas sirve para yesca que para frac. (*lo sacude.*) Calla, en el bolsillo hay algo (*sacando el reló.*) Oh!... un reló... de oro macizo! Que aturdidos son esos jóvenes!... Esta es la segunda vez que encuentro en sus bolsillos... Quita! Macabeo! La primera, solo se trataba de cinco pesetas; pero un reló, seria un robo; porque esto representa una suma mayor; esta alhaja... valdrá... Pech! es vieja! es una cacerola. Solo darian por ella el peso del oro!... Es de oro? Sí; pero la caja es muy delgada. Calculemos despacio: el frac vale tres pesetas, bien pagado. Y dando veinte bien pago el reló. (*le pone otra vez en el bolsillo del frac.*)
MAR. Vamos, qué dice usted? (*acercándose á Macabeo.*)
MAC. De veras, te agradaria que lo comprase?
MAR. Sin duda!
MAC. Pues bien, Margarita, vas á ver si te amo. Toma las veinte pesetas. (*saca un bolsillo y le dá cuatro duros.*)
MAR. No, ahí tiene usted ochenta reales en oro, segun creo. Démelos usted. Tengo capricho por una pieza de oro; es tan bonita!...
MAC. Hum! El oro es muy caro.
MAR. Abonaré el cambio.
MAC. Con un abrazo?
MAR. Eso es mas caro que el oro. (*toma la pieza.*) Gracias, mi querido Macabeo. D. Manuel! (*yendo á la puerta derecha.*)
MAC. Qué haces?

ESCENA VI.

ENRIQUE, MANUEL, MARGARITA, MACABEO.

MAR. Tomen ustedes vecinos. Aquí tienen para pagar la comida, en la quinta, y en oro. (*dá la moneda á Manuel.*)
MAN. (*pasando al lado de Macabeo.*) El buen Macabeo es la virtud que ha descendido á la tierra.
MAR. Bajo ese disfraz.
ENR. Y mi reló? (*á Margarita.*)
MAR. El reló? (Divirtámonos un rato con el judío y el cristiano.)
MAC. Vaya, señores; me voy. Abur.
ENR. (*deteniéndole.*) Quédese usted. Todavía hay algo que decir.
ENR. Pero y mi reló? (*á Margarita.*)
MAR. Le puse sobre la mesa. (*Enrique busca por la mesa.*) Macabeo, usted ha sido generoso, y le convido á comer en la quinta del Espíritu Santo. (*hace una seña de inteligencia á Manuel.*)
MAN. Es muy justo. Virtuoso Macabeo, retozaremos en el campo.
ENR. (*buscando siempre.*) No lo encuentro. Sobre la mesa dice usted?
MAR. O sobre la silla, no sé.
MAC. Necesito arreglarme un poco. (*quiere salir.*)
ENR. Asi está usted muy bien; sin ceremonia. (*deteniéndole todavía.*)
MAN. Macabeo, le permito á usted la eleccion de un plato.
ENR. No me desagrada una chanza de cuando en cuando; pero esta ya... Vamos, Margarita, devuélvame usted mi reló.
MAR. Qué, no le encuentra usted?
MAC. Voy á llevar todos estos trapos á mi cuarto, (*procurando alejarse.*)
MAR. (*deteniéndole.*) Cualquiera diria que nuestra sociedad le desagrada. Quédese usted.
MAN. Qué le parece á usted unos pichones con alcachofas, habas y guisantes, y buen vino de Valdepeñas?
MAC. Muy bien! muy bien!
ENR. Por mas que busco... no le encuentro.
MAR. Es singular; yo lo tenia en la mano no hace un cuarto de hora.
ENR. Yo soy muy metódico, y necesito saber la hora en que vivo.
MAC. Se habrá caido... y estará debajo de algun trasto.
ENR. Nada... no hay nada.
MAN. Déjanos en paz con tu reló; ya se encontrará mañana.
ENR. Si no se encuentra ahora mismo, es que se ha perdido!
MAN. Pues bien, comprarás otro.
ENR. Entonces no será el mismo. Ese ya le conocia; no se parece á los demás. Tiene sobre el cuadrante un sol pequeño esmaltado al que estaba yo habituado. Tal era mi reló, mi pobre reló!
MAC. (Quisiera escurrirme.)
MAN. Pero qué tienes?
ENR. Tengo... que no le tengo.
MAR. Ayúdeme usted á buscarlo, Macabeo.
ENR. Oh! no lo encontrareis. Está visto! (*se sienta á la derecha con aire triste.*)
MAN. Pobre Enrique, no parece sino que ha perdido á su primogénito. (*Macabeo sigue procurando evadirse y Margarita le detiene.*)
ENR. Búrlate de mí cuanto quieras. Yo le amaba; le habia contemplado durante muchos años sobre la chimenea de mi pobre abuela, en el gabinete verde, donde habia un escelente fuego. Entonces no sabia yo lo que era ser pobre. Jugaba todo el dia en un rincon delante de ese reló, que parecia mirarme tranquilamente. Ya pasó aquel tiempo de dulces y cama calentita... y él me lo recordaba con su tic tac, que me hablaba en voz baja...
MAR. (Me dá pena escucharlo!)
MAN. Vamos, vamos, vas a llorar?
ENR. Y aunque llorára? soy yo, acaso, regalon, disipador, jugador, como tú? Mi único placer es estar en mi casa trabajando; mi reló me hacia compañía... y lo he perdido!
MAR. Esperad... ahora recuerdo!... Lo puse inadvertidamente en el bolsillo del frac.
MAC. (Ay!) (*Enrique se dirige á Macabeo; saca el reló del bolsillo del frac, y lo enseña á todos.*)
ENR. Aquí está! Aquí está! (*la besa con alegría.*) El vidrio está roto; pero no importa le pondré otro. (*pasa á la derecha.*)
MAC. Entonces, devuélvame usted el dinero.
MAR. Qué dinero?
MAC. Pues sin el reloj, cree usted que hubiera yo pagado cuatro duros por ese pingajo?

MAN. Bravo, Macabeo! Conque usted sabia que el reló estaba en el bolsillo? (*Margarita toma el frac de manos de Macabeo, y lo coloca sobre una silla á la derecha.*)

MAC. No digo eso.

ENR. (*bajando y poniéndose entre Enrique y Manuel.*) Qué cosas tiene, D. Manuel! El pobre Macabeo! La flor y nata de los hombres honrados, habia de?...

MAN. No es este su primer ensayo. Dias atrás dejamos olvidado en un chaleco, que le vendimos, una onza de oro, y...

MAC. No es verdad; no habia mas que un duro.

MAN. Lo confiesa. Sean ustedes testigos.

MAR. Macabeo, nunca hubiera creido tal cosa en usted!

ENR. El malvado se guardó el duro, lo mismo que queria guardar mi reló!

MAC. Aseguro que ignoraba lo del reló... En cuanto al duro, lo guardé por broma; solo por dar á ustedes una leccion de órden... porque los miro á ustedes como si fueran hijos mios. Creánme ustedes; yo soy honrado, y es muy triste á mi edad verse tratado como sospechoso delante de una dama!

MAR. No llore usted, honrado Macabeo. El Inspector de Vigilancia no sabrá nada.

MAN. } Viva Margarita.
ENR. }

ENR. Abracémosla!

MAR. Nada de eso, amigos mios. Vecina y vecinos; pero no tan de cerca. Vístanse ustedes, y partamos! Ustedes me han convidado, pero yo soy quien pago, y sin rebancha.

Durante estas últimas palabras, Manuel y Enrique se acercan al frac que Margarita ha colocado en el espaldar de la silla; Enrique mete el brazo izquierdo, y Manuel el derecho, mirando ambos á Margarita. Buscan un momento la otra manga, luego se vuelven uno hácia el otro, y el frac se divide en dos pedazos por la espalda.

MAN. Tú tienes la culpa; porque siempre quieres ponértelo solo.

ENR. Pues mira, ahora ya no disputaremos mas.

MAN. } Para usted, Macabeo. (*arrojándole cada uno su*
ENR. } *pedazo.*)

MAR. Ea ,marchemos á buscar uncoche,que nos lleve á comer al campo. Y usted, Macabeo, no olvide este chasco, y que á Pícaro, Pícaro y medio.

FIN.

PINTO:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, 8.

—

1867.